

surdo que el de nobleza, porque la familia da sentimientos y virtudes, y la fortuna no da mas que facultades y bienestar. Esta ley tenia otro peligro: colocaba frente á frente en la misma asamblea á hombres salidos de dos elecciones diversas, una aristocracia de departamento y una democracia de distrito, elementos de antipatía, de clasificacion y de guerra civil, que desgarraban al pais y al gobierno desgarrándose á sí mismos en la representacion. El miedo habia inspirado mal á los realistas; el celo por el servicio de su soberano habia inspirado mal al favorito; los sistemas habian inspirado mal á los doctrinarios complacientes de todos los partidos que querian reconciliarlos en provecho suyo; la ignorancia del pais habia aconsejado mal á Mr. de Richelieu, y el amor de la monarquía á Mr. de Serre. Esta ley llevaba en su germen la lucha entre las clases y la pérdida de la monarquía. Era una constitucion de desconfianza, y en una constitucion cualquiera desconfianza es una provocacion. Mr. Decazes marchaba á ciegas á la ruina del trono que queria afianzar. Habia dado un golpe de estado el 5 de setiembre contra los realistas, y se iba á ver obligado por la resistencia de la Cámara á dar otro contra los liberales. Empero el golpe de estado contra los realistas no destronaba mas que á un partido, al paso que el que se preparaba contra los liberales destronaba una opinion publica que se habia convertido en pasion popular en las masas nacionales. Perdiase, pues, Mr. Decazes y perdía irremisiblemente á su soberano, cuando uno de esos acontecimientos en los que interviene la fatalidad por la mano del crimen, vino á precipitar al ministro, á herir á un principe y á desatar con el puñal una crisis cuya solucion nadie hubiera previsto.

## LIBRO TREINTA Y SIETE.

Retrato del duque de Berry —Louvel; sus antecedentes, su monomanía de regicida.—Se decide á matar al duque de Berry.—Noche del 13 de febrero.—Asesinato del duque en el teatro de la Opera, su agonía.—Dolor de la familia real.—Consternacion del pueblo.—Recriminaciones contra Mr. Decazes; Mr. Clausel de Coussergues le acusa de alta traicion.—Debates borrascosos; intrigas de palacio.—Madama del Cayla; su origen, su favor.—El vizconde de La Rochefoucauld.—Caída de Mr. Decazes; examen de su carrera política.

### I.

El duque de Berry era el hijo segundo del conde de Artois, el hijo predilecto de la familia real, la única esperanza de perpetuidad directa de su raza sobre el trono por la esterilidad de la union de la duquesa de Angulema. Su gracia estaba en su corazón mas que en su naturaleza. Pequeño de estatura, ancho de espaldas, brusco en sus ademanes, de cara huesosa, frente estrecha, cejas pobladas, nariz arremangada, labios gruesos y de espresion turbulenta, su fisonomía no revelaba su inteligencia y su bondad sino franqueándose por medio de la sonrisa. Entonces, en la penetracion franca y cordial de la mirada, en la contraccion fina de los párpados, en el pliegue de la boca, en el abandono del gesto, que ofrecia el co-

razon con la mano, en el metal de su voz breve y sincera se hallaba al príncipe, se adivinaba su talento, se veía al soldado y se palpaba su corazón. Este príncipe tenía por virtud el honor de sus antepasados, pues había sido criado por esa nobleza errante y caballeresca que había seguido á su padre á los destierros y llevaba consigo á toda Europa las ligerezas, las preocupaciones y los vicios, pero también la fidelidad y la religion de otro tiempo. El talento precoz, los chistes inesperados, la fogosidad juvenil del duque de Berry, en contraste con la gravedad modesta y la timidez enfermiza de su hermano mayor el duque de Angulema, habían formado las delicias y el recreo de la corte desterrada. Tenía esos defectos que son el lujo de las naturalezas ricas y que revelan desde luego las grandes cualidades, defectos que se habían perdonado demasiado en su familia y en sus criados para que él mismo no se envaneciera é hiciera alarde de ellos. Por otra parte, estos defectos cultivados habían llegado á ser otros tantos hábitos. Era de esos jóvenes á quienes se perdona todo, y que acaban por creerse admirados por lo mismo que se les perdona. Por lo demás, constante en amor, firme en la amistad, aspirante á las armas, impaciente de gloria, si no la había ya adquirido en los campos de batalla, no era culpa suya, sino del destino que le condenaba á la inacción. Después de haber rivalizado en entusiasmo con el duque de Enguien en el ejército de Condé, el desarme de la Alemania le había lanzado á Londres, donde vivió en la oscuridad y en el misterio de una pasión hácia una estrangera, con quien segun dicen se había casado de secreto. De esta union fiel, aunque oculta, habían nacido dos hijas, á las que amaba públicamente con la ternura de padre. Rodeado de estas dulces afecciones y de algunos amigos, camaradas suyos en la antigua corte y en el ejército de Condé, ocupaba sus ocios en las artes mecánicas á las que profesaba la noble afición de Francisco I. No iba á

Hartwell, residencia del rey desterrado en Inglaterra, sino en las raras ocasiones en que el príncipe llamaba á su lado á su familia para concertar una política de expectativa ante la Europa.

La caída del imperio volvió á abrir el mundo de acción al duque de Berry, que fué elegido por Luis XVIII y por su padre el conde de Artois para los cargos militares á que su juventud, su valor, su rudeza naturalmente soldadesca y sus bríos parecían haberle destinado. Se quería presentar con él á la Francia y al ejército alguna sombra viva de Enrique IV. Aunque el joven príncipe tuviera su sangre y su corazón, y debiese ¡ay! recibir su muerte, no poseía su gracia, ni sus medios de seducción irresistible. Había equivocado el acento al hablar al ejército. Tomó el tono de jefe y de hermano de armas delante de aquellos vencedores del mundo, compañeros de un héroe, consagrados por el fuego de tantas batallas, y que con sus derrotas se habían hecho tanto mas susceptibles cuanto mayor era su desgracia y humillacion. De ahí esas escenas desagradables entre el príncipe y los veteranos de Bonaparte, y una impopularidad de cuartel que había contristado amargamente al duque de Berry. Desde entonces se presentaba poco á la corte; tenía opiniones liberales y hacia un estudio particular en hacerse agradable á la nación y reconciliarse con el ejército, en separarse de las etiquetas anticuadas de su familia, en desdenar todo lo viejo y caduco del antiguo régimen, en respirar el aire nuevo. Rodeábase de los artistas mas populares, presentábase en las fiestas del pueblo, buscaba el placer y afectaba cubrir sus amores efimeros á una actriz con un velo que dejaba penetrar la ligereza de la juventud. Quería agradar á los franceses hasta por sus vicios.

En 1816 le habia casado el rey con la princesa Carolina, hija del principe real de Nápoles, á fin de consolidar la casa de Borbon sobre los tres tronos que esta ocupaba en Italia, en España y en París, y en demostrar á la Francia los herederos de la raza real, que no se esperaban ya de la duquesa de Angulema. Dos hijas, una de las cuales murió poco tiempo despues de su nacimiento, habian probado la fecundidad de esta union. Los jóvenes esposos vivian felices en su amor mútuo é inspiraban á la Francia la grata esperanza de ver perpetuada á la monarquía con el nacimiento de nuevos príncipes. Olvidando al mundo y olvidados de él, vivian en una felicidad interior llena de ternura y dulce confianza. Pero el crimen no los olvidaba.

Habia entonces en París un hombre perdido entre la multitud, el mas invisible al ojo de sus semejantes, jornalero vulgar en uno de esos oficios subalternos que participan de la domesticidad pública y se sostienen de un salario mendigado de taller en taller y de pueblo en pueblo. Este hombre se llamaba Louvel. Habia nacido en Versalles de una familia de buhoneros revendedores, tráfico al menudo necesario al pueblo. Siendo todavía muy niño, perdió á sus padres: una hermana á quien amaba y que le habia servido de madre, vivia y velaba por él en Versalles. Tenia entonces 32 años. Era bajo de estatura, débil de miembros, de color amarillento y bilioso, de labios delgados, de mirada hosca, de fisonomía reconcentrada y antipática; en fin, era la imágen del fanatismo que en una cabeza estrecha y mezquina abrigaba un pensamiento mal comprendido y que sufre y se atormenta hasta que su mano fatal le descarga por medio de un crimen del peso y del martirio de su idea.

Louvel, nacido cuatro años antes de la república, habia recibido esa especie de educacion romana que la Convencion y el Directorio hacian dar entonces en comun á los hijos del pueblo, en medio de las ceremonias populares y de las fiestas filosóficas. Allí los espectáculos, los discursos y los signos apartaban el alma tierna de los niños del antiguo culto, y se esforzaban por inflamarlos por la razon, por la patria y por la libertad. Todo esto habia producido en él funestísimo eco, y mas adelante, por una necesidad de fé inherente á su naturaleza reflexiva, habia seguido el culto de los *teofilántropos*, especie de deísmo popular, puesto en moral y en espectáculo por el director Lareveillere-Lepaux. Parece que las fuentes de sus ideas habian surgido de estas dos impresiones de su infancia, la inclinacion fanática á la revolucion y el ciego amor á la patria. Otras ideas tan exaltadas y ardientes, tales como la vanidad nacional, el entusiasmo por la conquista y por Napoleon, el dios de los ejércitos, la gloria del soldado, la religion del cuartel, añadieron á sus primeras impresiones otros elementos confusos é incoherentes. Los reveses de nuestros ejércitos, la caída de su gefe, la vuelta de los Borbones, el horror á la contrarevolucion y la humillacion de la patria con la invasion estrangera, vinieron á mezclar con aquellos elementos la cólera y la desesperacion que fermentaron hasta el odio y la explosion en aquella alma solitaria.

### III.

Louvel, errante de pueblo en pueblo, de Italia en Francia, de Francia á la isla de Elba, durante el destierro de su héroe, llevaba á todas partes en su cabeza el presentimiento de un crimen. Sin embargo, no lo revelaba á nadie, ni aun á aquellos que él juzgaba podrian

servirle algun dia para su ejecucion. Laborioso, siempre taciturno con sus compañeros de trabajo, buyendo de todas las sociedades y de todos los desórdenes que pervierten en sus horas de descanso á los hombres de su oficio; se encerraba dentro de sí mismo, leyendo y rumiando los libros, los periódicos y los cantos populares, en los que los publicistas de la revolucion, los folletinistas liberales y los poetas napoleonistas se asociaban entonces en una liga heterogénea para exaltar á la vez á la república, al imperio y á la libertad, y para volver contra los Borbones todas las voluntades, todos los ánimos, todo el odio y todo el desprecio del pueblo. Tenia necesidad de odiar y no sabia mas que herir.

Ya en 1814, en el momento en que el rey y su familia iban á desembarcar en Calés del buque que los llevaba á Francia, Louvel se dirigió desde la Rochela á aquella ciudad con intencion de matar al rey ó al primero de los príncipes que cayera en sus manos. Asi, pues, una puñalada era solo lo que esperaba sin saberlo á Luis XVIII, al poner el pie sobre el suelo de sus padres. La casualidad ó una vacilacion de parte de Louvel le habia salvado. El entusiasmo popular con que fué saludada la familia real le llenó de sorpresa y estupor y se volvió á París para distraerse, segun decia, del pensamiento de asesinato que le acosaba. Cuanto mas se estudia al criminal, mas se ve que el crimen es una enfermedad de la razon. «Yo vacilaba algunas veces, dice el mismo Louvel, analizando su propia perversidad; yo me preguntaba sino obraba mal... pero no podia soportar la entrada de los estrangeros. Quería viajar para esplayar mi alma. Fui á Chambéry; marché de alli cuando me anunciaron la llegada de Bonaparte á Grenoble; queria saber lo que habia; si el conde de Artois se hubiera hallado en Lyon, le hubiera asesinado. Me volví á París con los trenes, y despues que partió el emperador, me compré un puñal, volví á Versailles, y alli fui empleado en las caballerizas

de la corte; desde aquel momento, no cesé de ocuparme en los medios de llevar á cabo mi proyecto, en Versailles, en San German, en Saint-Cloud y en Fontainebleau; iba á las cacerías, sin decirselo á mi hermana, y para proporcionarme tiempo, hacia lo que tenia que trabajar en los demás dias; llevaba siempre conmigo un puñal, cuando suponía que podría encontrar á un Borbon; pero yo habia resuelto comenzar por el duque de Berry, porque este era el tronco. Despues de él queria matar al duque de Angulema, despues al conde de Artois, despues al rey, despues á todos!... Sin embargo, acaso me detendria despues del rey: los únicos culpables son esos príncipes en particular que han hecho armas contra su pais. No seguia solamente á los príncipes á sus cacerías; hacia tres años que rondaba casi todas las noches al rededor de los teatros á donde suponía que pudiera asistir el duque de Berry. Para saberlo, leía los carteles, pues conjeturaba á dónde iria por la calidad de las piezas. Cuando rondaba al rededor del teatro de la Opera, y veía que el príncipe no habia llegado á las ocho, me retiraba. Le seguia hasta en las iglesias con la esperanza de poder acercarme á él y herirle; pero la gente y los centinelas me separaron constantemente.»

## IV.

Tal era la vida de aquel hombre, en quien se habian encarnado en un odio vivo, sin distraccion, sin sueño y sin piedad, todos esos odios esparcidos y contradictorios que la república, el imperio, el fanatismo pretoriano, la libertad, el resentimiento nacional, la preocupacion y la animosidad, la perfidia de los partidos, de los periódicos y de los folletos habian propalado como un miasma popular contra los Borbones. Este miasma, respirado por todos, debia causar vértigo á uno solo, y este era él.

Entretanto el duque de Berry y su esposa, ocupados únicamente en su felicidad, estraños á toda faccion política, se entregaban con el entusiasmo propio de su carácter y su edad á los placeres y á las fiestas que el carnaval multiplicaba en los últimos dias del año teatral en París. Amados y populares entre aquel mundo del arte de la música y del baile, que prolonga las noches en el teatro de la Opera hasta el dia, les gustaba gozar de aquella popularidad. Resolvieron ir juntos el 13 de febrero al teatro Real, donde no se habian presentado en las noches anteriores. Frívolos ambos, curiosos, amigos de divertirse, se podía presumir que no dejarían pasar aquella estacion de fiestas sin mostrarse en ellas. Mientras que se recreaban con la idea de descansar por las tardes, y se ocupaban en los disfraces que habian de llevar en esas noches, el asesino que observaba su puerta y leía hasta en el pensamiento de sus víctimas, conjeturaba por su parte que el atractivo del placer iba á entregarle su presa.

## VI.

Ya la víspera y antevíspera habia espiado las puertas del teatro de la Opera. El domingo se levantó mas temprano que de costumbre con el apresuramiento de quien siente la certidumbre y la alegría de un crimen como los otros sienten la aproximacion de una felicidad. Almorzó muy temprano y habló indiferentemente con su huésped y con sus compañeros habituales de mesa; en seguida volvió á subir á su cuarto, y cogiendo el mas pequeño y

afilado de sus dos puñales para esconderlo mejor en el pecho, salió para ir á ver las máscaras y el acompañamiento del buey gordo, curiosidad del pueblo ocioso en esos dias de delirio. Huyendo de la concurrencia, se marchó despues al camino del bosque de Boulogne para esperar allí la noche, por cuyo motivo pasó muchas veces por delante de las tapias del jardin del Eliseo, habitado por el duque de Berry. A la caída de la tarde se volvió á su casa, se sentó á la mesa, comió hablando de cosas indiferentes con un empleado de las caballerizas del rey, y despues de la comida subió á su cuarto y se armó de otro puñal á fin de tener preparada un arma, segun la casualidad del encuentro, al alcance de cada mano. Seguro de que el príncipe no dejaria de asistir aquella noche á la cita del placer, se paseó sin afectacion por debajo de las ventanas ya iluminadas en el teatro, cerca de una puertecita por donde entraban y salían las personas de la familia real para huir de la confusion y de las molestias de la muchedumbre. A las ocho el ruido de los caballos y la luz de las antorchas que llevaban los criados anunciaron que venían los coches de la corte. Louvel se precipitó hácia la puerta, vió al duque bajar el primero y presentar la mano á la duquesa; podía descargar su golpe; pero se sintió retenido por una fuerza oculta; bien fuese por desfallecimiento de ánimo que, segun dijo, habia experimentado muchas veces en el instante mismo en que su pensamiento iba á convertirse en acto irrevocable, ó porque la vista de la duquesa, jóven, feliz y risueña, y cierta compasion hácia aquellas dos víctimas le hubiesen enternecido involuntariamente, dejó escapar la ocasion y se resignó á esperar otra.

## VII.

Avergonzado de sí mismo y reprendiéndose con indignacion su debilidad, se alejó á pasos lentos renun-

ciando casi á su proyecto por aquella noche, y atravesó el Palacio Real para volver á su casa, inmediata á aquel jardín; pero allí le asaltaron sus reflexiones y le obligaron de pronto á alojar el paso. Pensó que dentro de algunos días tendría que ir á Versalles por razon de su destino, y que entonces no volveria á presentársele nueva ocasion de consumir su proyecto hasta la época lejana de las cacerías. Hizose á si mismo este falso y terrible dilema: ¿Hago mal? ¿Tengo razon? Sí, tengo razon, se respondió, ¿por qué me falta el valor?... Si hago mal ¿por qué estas ideas no me dejan ningun reposo? Resuelto á vencer su cobardía, si era cobarde, convencido de que sus ideas eran verdaderas, puesto que eran obstinadas, volvió atrás bruscamente, y con resolucion feroz se dirigió desde el jardín del Palacio Real á la puerta del teatro de la Opera, donde convencido de que su presa no habia salido durante su perplejidad, se puso á pasear desde el jardín al teatro y desde el teatro al jardín, para dejar pasar las horas, espiondo desde lejos los movimientos de los carruages que anunciasen la salida del príncipe. A las once y veinte minutos llegaron los coches de la casa real y se situaron á corta distancia de la entrada reservada á los príncipes. Deslizóse él detrás de los coches por la callejuela desierta de Louvois, y colocándose á la cabeza de un caballo de cabriolé como un lacayo que espera á su amo, aguardó, resignado en esta actitud á que los cocheros de la corte recibieran la orden de arriar á la puerta. La sombra que hacia la pared del teatro ocultaba aquel rostro desconocido á la servidumbre del duque de Berry, y la inmovilidad de su actitud quitaba toda sospecha á los centinelas.

## VIII.

Entretanto el príncipe y la princesa, separados por una pared del hombre que contaba los minutos de su vi-

da, se hallaban en su palco disfrutando sin ningun presentimiento del espectáculo de la escena y de las dulces conversaciones que amenizaban los entreactos. Aquella noche asistian el duque y la duquesa de Orleans con sus hijos en un palco inmediato á los bailes y á los dramas de la Opera. Las dos familias, que se amaban á causa del parentesco y de la patria comun de las dos duquesas, se saludaron con amistosa ronrisa al conocerse, y durante un intervalo, entre los bailes y la música, pasaron el duque de Berry y su esposa á hacer una visita en su palco á sus primos. El duque abraza á los niños y juega con el duque de Chartres destinado tambien á una muerte trágica en la flor de sus años. Al atravesar el corredor para volver á su palco, recibió la duquesa en el vientre un fuerte golpe á causa de abrirse repentinamente la puerta de un palco en el momento en que ella pasaba. Hacia algunas semanas que sospechaba hallarse en cinta, y temiendo que el golpe, la fatiga y la emocion comprometiesen el fruto todavía ignorado que llevaba en su seno, manifestó á su marido el deseo de retirarse antes de que concluyera el drama y antes del baile de máscaras que debia seguir al espectáculo. El duque se levantó para acompañarla hasta su carruage y volverse á su palco, deseoso de disfrutar por mas tiempo de los placeres de la noche.

A la voz de los escuderos del príncipe, el coche de la duquesa se aproxima á la puerta. La jóven princesa, sostenida de un lado por la mano de su marido y del otro por la de su escudero, el conde de Mesnard, entra en la carroza y detrás de ella sube su dama de honor la condesa de Bethisy. «Adios, esclama sonriéndole su marido, pronto nos veremos.» Los lacayos levantan el estribo, y el príncipe se vuelve para entrar en el vestibulo: pero en aquel momento, Louvel, que se habia aproximado como un curioso inofensivo, ó como un criado que esperaba á su amo, se lanza con toda la fuerza de su resolucion en-

tre el centinela que presentaba el arma y el lacayo que cerraba la portezuela, y agarrando con la mano izquierda el hombro derecho del duque de Berry, como para sujetar á la víctima, le hiere con la mano derecha en el costado derecho, dejándole clavado el puñal. La prontitud del movimiento, la confusión del grupo, y las tinieblas mal alumbradas por las antorchas, impiden por el momento á los condes de Choiseul y de Mesnard, distinguir bien el acto de la agresion y el movimiento del desconocido, el cual huyó sin ser perseguido hácia la calle de Richelieu, y despues de haber vuelto la esquina, se puso á andar pausadamente con indiferencia hácia el boulevard.

## IX.

El duque de Berry, herido por una mano invisible y arrojado por la fuerza del golpe sobre el conde de Mesnard, no habia sentido, como sucede siempre, mas que el choque y no el hierro; al levantarse se lleva la mano al sitio donde habia sido herido, y tropieza con el mango de un puñal. Una sospecha horrible le ilumina: «Estoy asesinado, estoy muerto! esclama: tengo clavado un puñal, ese hombre me ha asesinado.» A este grito, la duquesa de Berry, cuyo carruaje no habia tenido aun tiempo de echar á andar, responde con un grito agudo: «Abridme, abridme,» dijo al lacayo que tenia todavia las manos sobre la portezuela, y sin esperar que bajaran el estribo, se lanza fuera del coche y ciñe con sus brazos á su marido que acaba de arrancar el puñal y llena sus vestidos de sangre. El príncipe se habia desmayado; lo sientan en una banqueta del vestibulo donde los criados esperan á sus amos; le desabrochan la ropa y la sangre que corre marca el sitio de la herida en el costado derecho. «¡Estoy muerto! repitió al recobrar sus sentidos. ¡Un

confesor! Ven, esposa mia, quiero espirar en tus brazos!»

Durante esta pausa momentánea en el vestibulo, el centinela, los lacayos y tres gendarmes, llenos de horror corrian en persecucion del asesino. Este habia ya pasado la fachada de entrada del teatro de la Opera que da á la calle de Richelieu, y se deslizaba en la sombra de un arco que desemboca en aquella calle bajo las anchas bóvedas de la Biblioteca, cuando un mozo de café, llamado Paulnier, le agarra, lucha con él, y socorrido por el centinela y los gendarmes, lo lleva al sitio de la catástrofe. Indudablemente hubiera sucumbido al furor de los grupos que le arrastraban cogido del cuello, si los oficiales del príncipe, temiendo que se anonadara con el criminal el secreto ó el complot del crimen, no le hubieran defendido y hecho conducir al cuerpo de guardia del coliseo. Mr. de Clermont-Lodève le siguió alli para recoger sus primeras palabras; halláronle el segundo puñal y la vaina del que habia dejado clavado en el cuerpo del príncipe. Mr. de Clermont llevó estos instrumentos y estos testimonios del crimen al vestibulo.

## X.

Ya no estaba alli el duque de Berry; conducido á brazo por sus criados á una salita situada detrás de su palco, y rodeado de médicos que sondeaban su herida, habia recobrado sus sentidos. «¡Ay! dijo al saber la prision del criminal y su nombre, qué cruel es para mí morir herido por la mano de un francés!» Una luz de esperanza consuena por un momento á la princesa y á los médicos; pero como él no participaba de ella, no quiso enganar á su esposa con una idea que la haria morir dos veces de dolor. «No, dijo con firme y fria incredulidad, no me

hago ilusiones: el puñal ha entrado hasta el puño, puedo asegurarlo....» Su vista se oscurecía con la pérdida de sus fuerzas y de su sangre. Estirando el brazo y buscando á tientas y en el vacío á su muger, exclamaba: «Carolina, ¿estás aquí?—Si, respondió tiernamente la princesa, y no me separaré de tu lado.» El médico de su casa, compañero de destierro, en cuanto supo el atentado, corrió al lado del moribundo, y lo primero que hizo fué esprimir la herida para hacer correr de ella la sangre que se estancaba. «¿Qué haces, Bougon? le dijo con viva solitud el herido, ¿estaba envenenado el puñal?»

## XI.

Su primera palabra habia sido para pedir, no un médico, sino un confesor. Herido en medio del delirio de la juventud y del placer, no habia sufrido su alma ninguna transición entre los pensamientos del tiempo y los de la eternidad. En un segundo habia pasado del espectáculo de una fiesta á la contemplación de su fin, como esos hombres á quienes la fria inmersión en una vasija de agua, arranca súbitamente de los abrasados delirios de la embriaguez. En aquella reanimación instantánea y sin debilidad de sus pensamientos, habia mostrado el valor deliberado de un soldado, y en seguida la fé de un cristiano y la impaciencia de un hombre que teme, no morir, sino morir antes de haber confesado sus culpas y recibido las prendas de la segunda vida. Su educación, formada en el seno de una familia que no estaba menos incorporada á la iglesia que al trono, reaparecía en el fondo de su alma, á medida que se retiraba de ella el calor de la vida con su sangre. A cada momento preguntaba si habia llegado el sacerdote que habia pedido.

## XII.

Al fin llegó. Era el obispo de Chartres, su confesor, á quien el conde de Clermont-Lodève habia ido á buscar á las Tullerías. El obispo y el moribundo estuvieron hablando algunos momentos en voz baja. Esta conversacion calmó al parecer la agitación del príncipe, pues recobró toda su presencia de ánimo y todas sus tiernas efusiones de corazón hácia su hermano, el duque de Angulema, hácia la duquesa su cuñada y su padre el conde de Artois, que habian acudido sucesivamente en el desorden propio de quien despierta sobresaltado, segun la hora en que habian recibido la noticia, y segun la velocidad de sus caballos. El duque de Borbon, su compañero de guerra en el ejército de su padre, el duque de Orleans, su esposa y su hermana, que se habian presentado desde el primer rumor del crimen en la sala á donde habia sido llevado el herido, rodeaban desde lejos su lecho de muerte, levantado en el mismo edificio que parecia solo destinado al placer y á la fiesta. Por temor al tumulto que causaria innumerables desgracias, acumulando la muchedumbre aterrada á las puertas, no se habia querido advertir al público, ni interrumpir el espectáculo y los bailes de noche; de suerte que la agonía y la embriaguez, los cantos y los sollozos, el ruido armonioso y el gemido del dolor, el sacerdote y la máscara, Dios y la orgía, no estaban separados sino por algunos tabiques de tablas, se habian eco sin saberlo, y aumentaban con su horrible contraste el pavor y el luto de aquel lecho de muerte.

## XIII.

Los duques de Angulema y de Berry se amaban, no solamente como dos hermanos, sino como dos huérfanos



y dos desterrados, compañeros inseparables de las mismas fortunas. Abrazáronse tiernamente entre sollozos y confundiendo las lágrimas y sangre en sus vestidos y en sus manos.

Después de haber tenido el consuelo de ver á su cabecera todos aquellos rastros y todas aquellas ternuras de familia y de amistad, pidió el duque de Berry que le llevasen, para bendecirla, á la hija que le habia dado su esposa el año anterior. Lleváronse la dormida, y extendiendo entonces los brazos y queriendo bendecirla con su mano trémula, la dijo: «¡Pobre niña, plegue á Dios que seas menos desgraciada que todos los de tu familia!»

Los médicos y cirujanos mas acreditados habian sido llamados y estaban en consulta en un rincon de la estancia. Dupuytren, su jefe, resolvió ensayar el último medio de salvacion abriendo y dilatando la herida para hacer salir la sangre esparcida interiormente y dejar mas desembarazada la respiracion. Durante esta operacion dolorosa é inútil, la duquesa de Berry estrechaba contra sus labios la mano fria de su marido que seguia apretando la suya. «Ahorradme este dolor, decia, puesto que voy á morir.» En seguida pasó sus dedos sobre la cabeza de su muger, como si hubiera experimentado la última ternura al acariciar sus hermosos cabellos. «Carolina, la dijo, cuidate mucho, siquiera por el hijo que llevas en tu seno.» Esta fué la primera revelacion del nacimiento de su hijo que burlaba al crimen pero no á la desgracia de su raza. Recomendó muy eficazmente á sus afligidos criados que cuidasen á su padre el conde de Artois. Quería ver á su asesino para preguntarle la causa de su odio, reconvenirle por su injusticia y perdonarle su muerte. «¿Quién es ese hombre? murmuraba, ¿qué le hecho yo? ¿Será acaso alguno á quien he ofendido sin querer?» El conde de Artois le aseguró que el asesino no abrigaba ninguna animosidad personal contra él. «¿Luego es un loco?» dijo el duque. «¡Ay! ¡qué no viviera yo lo bastante

para que llegase el rey y me otorgase el perdon de ese hombre! Prometedme, padre mio, prometedme todos que pedireis al rey la vida de ese hombre!»

Prometiéronse asi para calmar el ardor de generosidad y de perdon que le consumia. Su bondad natural se revelaba á costa de su propia sangre.

Después de algunas señas que nadie comprendió y de haber hablado en secreto con la duquesa algunas palabras, le llevaron á la cabecera de la cama á las dos hijas que habia tenido en Lóndres de su union clandestina con la fiel compañera de su destierro, y á las cuales educaba paternalmente en París. Las dos pobres niñas, despertadas de su tranquilo sueño para abrazar en medio de una corte desolada al que en otro tiempo habian mirado ellas solas como á su padre, fueron introducidas en la sala, azoradas y trémulas, y al aproximarse á la cama se arrodillaron y cubrieron sus rostros con las ensangrentadas sábanas del príncipe. Les habló dulcemente en inglés y les encargó que se acordaran de él y compadecieran á su madre. En seguida hizo que se levantaran, las abrazó llorando, y entregándolas con confianza á la duquesa su esposa, la dijo en tono confidencial: «Te conozco bastante, Carolina, para que vacile en suplicarte que cuides de estas huérfanas despues de mi muerte.» Las niñas se echaron en los brazos abiertos de su segunda madre. La duquesa, con ese instinto que es el genio del corazon, quiso, por decirlo asi, adoptarlas delante de su marido con un solo gesto y una sola palabra. Mandó aproximarse á la cama á la duquesa de Gontant, que llevaba en sus brazos á su propia hija, y cogiendo de la mano á las hijas de la estrangera, les dijo: «Abrazad á vuestra hermana.»

XIV.

A media noche se confesó el príncipe con el obispo de Chartres y pareció consolado por las preces y las bendiciones de la religion. Pidió perdon en voz alta por las debilidades de su alma y arrebatos de su vida. «Dios mio, exclamó muchas veces, perdonadme y perdonad tambien como á mí mismo al que me ha quitado la vida.»

El duque de Angulema, príncipe piadoso desde la juventud, y que tenia para con su hermano la santa autoridad de una vida siempre ejemplar, oraba de rodillas al pie de la cama. «Hermano mio, le dijo tímidamente el herido, ¿creéis que Dios me perdone?—¡Oh! hermano mio, respondió con celestes certidumbre en la mirada, en la voz y en el gesto, el duque de Angulema, ¿qué mas prenda de su misericordia quereis si os hace un mártir?»

La noche avanzaba, iba abreviándose su vida; pero su alma velaba presente á su muerte y atenta á todas sus afeciones. El anciano conde de Nantouillet, su primer guia en los campamentos y su fiel compañero en el desierto, acudió á recibir tambien el último adios de su discípulo. «Ven, mi buen amigo, le dijo el duque abriendo los brazos, quiero abrazarte por última vez.» Habiéndosele dicho que los mariscales de Francia habian ido para demostrarle su interés y su pena, contestó: «¡Ay! yo esperaba derramar mas útilmente mi sangre en medio de ellos por la Francia!»

XV.

El rey, á quien sus prudentes ministros habian retenido toda la noche en las Tullerías temiendo sin duda

las consecuencias que pudiera causarle la emocion de aquel triste espectáculo ó alguna nueva emboscada fuera del palacio, llegó al fin al rayar el día. El ruido de los pasos de los caballos del acompañamiento sobre el empedrado de la calle hizo estremecer de alegría al moribundo: «Tio mio, exclamó desde que vió al rey, dadme vuestra mano, quiero besarla por la última vez.» Luis XVIII le tendió la mano y cogió la suya. «Querido tio, añadió el príncipe con ansiedad, os pido en nombre de mi muerte el perdon de la vida de ese hombre!... —Amado sobrino, le respondió el rey, no estás tan malo como piensas; ya hablaremos de eso!—¡Ay! no pronunciais el sí, replicó el duque con doloroso acento. ¡Oh! pronunciadlo, pronunciadlo, á fin de que muera tranquilo. Perdonad la vida á ese hombre!» Y como el rey callase ó dirigiera el pensamiento del moribundo hácia otros objetos, murmuró el duque con espresion de amargura. «Y sin embargo el perdon de la vida de ese hombre habria dulcificado mis últimos momentos!... Si á lo menos, insistió, llevase el consuelo de que la sangre de ese hombre no correrá por mi luego que yo muera!...»

Pocos momentos despues espiró articulando en su delirio la desatendida súplica de su corazon. Murió perdonando: alma grande oscurecida en la vida, radiante de gloria á la muerte, héroe de clemencia, hizo desde luego lo que hay de mas difícil y meritorio para el hombre: morir bien!

Los sollozos hasta entonces reprimidos estallan con su último suspiro. Su esposa delirante se corta los cabellos sobre su cadáver, y maldiciendo á la tierra donde asesinaban á su marido, pide al rey que la deje retirarse para siempre á Sicilia. El rey se arrodilló al lado de la cama y cerró con sus propias manos los labios y los párpados de la última esperanza viva de su raza.